C/ Trinidad 17
33201 Gijón
Tfno.: 985 357 93
Fax: 985 176 231
mbarjola@princast.es

Gobierno del
Principado de Asturias
Consejería de Cultura
Comunicación Social y Turismo

COMISIÓN ASESORA DEL MUSEO BARJOLA DE GIJÓN

PRESIDENTA
Ilma. Sra. Dña. Ana Rosa Migoya Diego

VICEPRESIDENTE
D. José Carlos Madera González

DIRECTORA MUSEO BARJOLA
Dña. Lydia Santamarina Pedregal

VOCALES
D. Vicente Díaz Faixat
D. Calixto Fernández Hernández
Dña. Mayte Centol
D. José Antonio Galea Fernández
D. Jaime González Herrero
D. Fernando Alba

REPRESENTANTE CAJA DE ASTURIAS
Dña. Regina María Rubio Martínez

REPRESENTANTE AYTO. DE GIJÓN
Dña. Mercedes Álvarez González

SECRETARIA
Dña. Marta Renedo Avilés

EDITA
Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias

PROMUEVE
Museo Barjola, Consejería de Cultura, Comunicación Social y Turismo

MONTAJE
Ramón Isidro

TRANSPORTE
Alba, S.L.

TEXTOS
Alberto García-Alix
Lola Garrido

MAQUETACIÓN E IMPRESIÓN
Asturgraf

D. LEGAL
As. -2.026/05

EXPOSICIÓN

COMISARIA
Dolores Garrido

AYUDANTE DE COMISARIA
Pamela Spitz

COORDINACIÓN GENERAL
Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales
Subdirección General de Promoción de las Bellas Artes

Esta publicación ha sido extraida del Catálogo de la exposición de Alberto García-Alix organizada con motivo del Premio Nacional de Fotografía 1999 y presentada, dentro del marco de PHoto España 2002 editada por:

Secretaría de Estado de Cultura

La Fábrica
Alameda 9
28014 Madrid
Tel. +34 91 360 13 20
hola@lafabrica.com

© DE LAS IMÁGENES
Alberto García-Alix

© DE LOS TEXTOS
Sus autores

García-Alix

Llorando a aquella que creyó amarme

12 mayo - 26 junio

LLORANDO A AQUELLA QUE CREYÓ AMARME

ALBERTO GARCÍA-ALIX

Quisiera que mi amor muriese
Y que lloviera sobre el cementerio
Y las callejas por las que camino
Llorando a aquella que creyó amarme

SAMUEL BECKETT

Mi ojo febril miraba vorazmente potenciado por la lupa las fotos en las hojas de contactos. Cada una, un mar embravecido que me ahogaba en incertidumbres. ¿Por qué ésta no? ¿Por qué ésta sí? Necesitaba urgentemente un título para identificar este trabajo.

La tarde se había vuelto de plomo. Pesada. Abandoné el trabajo y tomé un libro de Beckett que estaba encima de la mesa. Fue una revelación. Encontré en él la idea que aglutina estas fotos: un concepto poético. Es en este contexto donde todas las fotografías pueden convivir y encuentran un pulso común, un latido propio, expresivo, sonoro. «Llorando a aquella que creyó amarme» es el verso que da título a este conjunto de imágenes. Todas ellas tienen a la mujer como pretexto: esencia, motor y trasfondo.

Las mujeres aquí presentes, además de heroínas del relato poético, son mis cómplices. Esta complicidad del retratado es vital, sin ella no hay amor ni amistad. Yo creo haber recibido más de lo que he dado. Ésa es mi eterna deuda. Una deuda cada vez más insondable, pues he acabado por encontrar en mí más faltas que en mis compañeras.

¡Qué razón tenía SUSANA! Me preguntó si creía que, con la vida que yo llevaba, ella podía ser feliz… Aún así lo fuimos…, y mucho. Vivíamos en una nave industrial entre Pacífico y Vallecas, con un cuarto de baño al que ir en invierno era peor que ir a Siberia. Pero eso era lo de menos, lo compensaba nuestro TÁLAMO NUPCIAL.

Un día sí y otro también, por aquella nave pasaba Fernando. Él fue quien, años antes, me presentó a la fotografía. Por cierto, la sentí mujer. Pues bien, allí, sobre una de las atiborradas mesas donde componíamos *El Canto de la Tripulación,* él escribió un sentido réquiem por Rosa, su antigua compañera: «Puedo decirte, mujer, que has sido marca en mi vida, la más sentida, la más querida. Pero el caballo te llevó por sendas que no pude seguir, a extremos que no acepté, a movidas tan irracionales y tan perdidas como esta de hoy». Para mí, ROSA ERA UN ÁNGEL. Como ANA, que hace unos minutos me ha llamado desde Gijón. Me ha preguntado si me cuidaba… De despedida me ha dicho: «Sabiendo que tú estás bien, yo estoy mejor».

Una de mis primeras fotos es la de JORGE Y SIOMARA. Él fue marido de TERESA, mi mujer de aquellos intensos años. Juntos descubrimos Tánger: vivíamos en el viejo Hotel Continental, y todas las mañanas y tardes que el tiempo no acompañaba, pasábamos esas horas que se llaman perdidas, y no lo son, en su SALÓN DE BAILE… Ella, que me conocía bien, si estuviese viva, reconocería en mí algo de aquel hombre que ayuda a la mujer en la foto que lleva por título ETERNAMENTE JOVEN y seguro que miraría con sonrisa cómplice esa otra foto llamada LA PAREJA o se le haría un nudo en la garganta ante LAS CENIZAS DE CATI.

Para sacar a Teresa del marasmo que causa la pena, le pondría delante otra foto y le explicaría que mis fotos no reflejan mi visión del mundo sino que son metáforas de mi visión del mundo. Lo cual, aún cercano, es muy distinto. Pues la metáfora siempre lleva consigo cierta poesía y mucha abstracción. A fin de cuentas, es un idealizado ESCENARIO PARA UN DELITO.

Hablar con lucidez y precisión a través del lenguaje que nos proporciona la fotografía no es fácil. Yo lo intento constantemente… constantemente. Aun así, conseguirlo no me quita el sueño; me desvela, más bien, atrapar en ella mis sentimientos, mis carencias, lo que me obliga a conocerme: MI LADO FEMENINO.

En mis retratos siempre sale algo… ¿verdad… VIRGINIA? Se enseña algo. ISA ES ASÍ. Se oculta… BLANCA LI. ANA CURRA me daría la razón, son cientos las noches y las fotos consu-

madas a su lado. Contar la historia que hay detrás de su retrato en Venecia amenizaría un largo viaje.

También Pamela. Es fotógrafa y trabajamos íntimamente juntos desde que iniciamos una travesía por el este de Europa desde Berlín. Ella comprende porqué sufro y porqué aprendo de aquello que no quiere salir. Este es el trabajo… Marga.

Cuando en Barcelona le pedí a La Cicciolina que me dejara tomarle un primer plano, me rogó que no le hiciera fotos de frente. Temía que se viese dolor. Justamente lo que yo deseaba.

Ya ves, nunca soy inocente, necesito poseer, cazar el momento, apropiarme de ese algo que intuyo… intencionadamente. Es culpa de la perversidad de la cámara. Obliga a mirar. Rita, Michelle, La esclava. Con la cámara, protegido y encerrado en mí mismo, he aprendido a observar. Decido cómo y dónde mirar. Aún más, he desarrollado una mirada frontal, una mirada de púgil, parapetado tras ella me convierto en un cíclope con un único ojo anhelante.

La fotografía también me ha convertido en un exhibicionista de mi intimidad. Una noche, mientras con una mano magreaba a mi chica, con la otra dejé el obturador abierto durante unos segundos. Salió Lo que dura un beso. Por eso, es inevitable encontrar en mis fotos un itinerario autobiográfico. Lo hay, pero no es más que polvo visible del camino. Polvo que se pega a mis fotografías. No es importante.

Creo, que el oficio del fotógrafo consiste no sólo en mostrar lo que ve, sino en convertirlo en verídico y emocionante… aportarle un aliento. Por esto hago fotos, porque me siento un fabulador, un cuentista, un aprendiz de poeta… que intuye, a su pesar, que sus fotos son la odisea de una catástrofe. En Busca de Cenicienta. Está dicho.

El hombre que amaba a las mujeres

Lola Garrido

Existen fotógrafos que recogen el mundo y otros, como es el caso de Alberto García-Alix, que retratan sus alrededores. Los primeros relatan; los segundos se delatan. Su mirada es exacta, impasible, respetuosa, sin rastros sentimentaloides. Alberto siempre intenta salir de sí mismo para atisbar la verdad de los otros. Los rostros son retratos de personas (no de personajes), en los que cada sentido (el tacto, el gusto, la vista e incluso el olfato) queda definido. En ellos existe además la intriga, porque en sus fotografías se hace presente la dimensión psicológica de los retratados. Son retratos de sus mujeres, de sus amigos, de sus actitudes, de los paisajes compartidos y también de sus desorientaciones. Todas las luces y sombras acaban recogidas por sus imágenes, que están repletas de mujeres: de rostros y cuerpos femeninos plasmados con la actitud de considerar arte y vida como un hecho común.

Con un estilo elegante y eficaz hasta en las tomas más comprometidas, recoge con su cámara todo lo que le es cercano, con la intención de que no se vea condenado al olvido más completo. Son fotografías que dilatan la percepción, que consiguen hacer de la mirada algo táctil. Está en ellas la historia de sus afectos, de sus encuentros y de muchas desapariciones. En cada una de ellas muestra su interés por el lugar donde la vida se halla instalada, por los que viven en el alambre, ironizando ante los cuerpos, expulsando a los remilgados; y siempre desde una narración que tiene la virtud de hablar desde la hondura y la limpieza incluso, cuando retrata el lado salvaje de sus vidas. Y es que cualquier exposición de Alberto es sobre todo autobiográfica, aunque poco importa que lo sea de verdad porque, además de su propia historia, lo que relata es la historia de toda su gente, de su tiempo. En los tiempos verbales que recoge no existe el «yo». Lo más frecuente es que se refiera al «tú», y en esta ocasión hace hincapié en el «vosotras». Como argumento de vida, su obra está repleta de chicas, más en concreto de mujeres; auténticas mujeres. Aun cuando haya autores que lo niegan, las mejores obras siempre tienen algo de autobiográfico, porque existe necesidad de preservar, de recuperar escenarios ya desaparecidos, de retener esas cosas queridas y a veces dolorosas que forman parte del pasado y de uno mismo. Aquí están presentes todos los temas queridos y recurrentes en la vida del autor: paisajes en los que sucedió algo importante, rostros amados, cuerpos de amigas y algunas ausencias. La fotografía de Alberto es expansiva y cada foto desprende corazón. Son íntimas porque destilan verdad y algunos de sus personajes son como la ciudad de Cartago, «que tuvo la desgracia de no alcanzar gran celebridad sino en el momento de su ruina». En su cámara encuentra el instrumento idóneo para contar su tiempo a través de sus instantes y quizás para aligerar algo el equipaje de su memoria. Su momento de madurez creativa le permite encadenar imágenes como recuerdos de un viaje en un barco con escalas. La tripulación está pletórica de su célebre axioma: «Pura vida».

La obra de Alberto está repleta de mujeres, es su material predilecto y con el que parece sentirse más a gusto. Casi todas sus mujeres miran de frente, porque son personas capaces de enfrentarse con su cámara, y a su ojo fascinado, un ojo que no busca el artificio, porque no hay nada peor que algunas invenciones. Los rostros de las retratadas tienen la suficiente carga de vida e interés para que baste captarlos de frente. En ocasiones sus fotografías son mapas interiores, reflejos de un tiempo sin tiempo y, enfrentado a ellas, el espectador no tiene otra opción que releer para no quedarse en la primera impresión, en la superficie de esas pieles transparentes. Cualquiera de sus retratos es elegante y, a un habiendo retratos o cuerpos que puedan parecer demasiado expuestos en su desnudez, la belleza se nos presenta desprovista de toda confidencialidad, desarmante, y nos obliga a mirar de una manera menos obvia a la que nuestros ojos nos tienen acostumbrados. Las foto-

grafías de Alberto no son monólogos, son diálogos que establece con las personas para explorar no solo en lo que se ve, sino en lo que se presiente. Sus fotos son sobre todo argumentos de la vida. Porque si la fotografía es recuerdo, es también un análisis, una interrogación constante en cuyo fondo subyace un misterio que debemos preservar. Y si algo se ve claramente en las fotografías de Alberto es que no poseen un ápice de ironía –ese componente consustancial a buena parte de los discursos artísticos contemporáneos– porque su trabajo profundiza, no se queda en la mera superficie: es una suerte de compromiso consigo mismo, con su trabajo, con todos los demás. Y es que su carácter no es de los que quedan fragmentados: es como una flecha certera que recorre el espacio sin estancamiento ni discontinuidad. Sus fotografías tienen en común algunos rasgos estilísticos y formales, tales como su cuidada y compleja estructura o su preferencia por la frontalidad. Aparecen también incisos, e incluso paréntesis, en una sabia mezcla de cierto humor con melancolía. Sus retratos dicen de lo turbador de las mujeres, de su libertad, y hablan sobre todo de su autor, de lo mucho que le provocan, y de su interés por ellas; y como ha conocido a muchas, hace poesía. Ya dice Antonio Skarmeta que «poesía es sentir nostalgia de lo que se tiene».

Muchos fotógrafos se proponen relatar aventuras en países exóticos, metas grandes y ampulosas; él recoge la belleza de lo que se encuentra en el camino. Siente tal pasión por lo que vive, por la sensualidad de lo inmediato, que sus metas no existen. La vida pasa a través de los ojos de sus retratadas, percibe su vulnerabilidad en su fuerza, y siente a sus personajes como lo que son: colegas desamparados como él en la aventura de la vida, tan sin sentido y tan atrayente. Alberto García-Alix, toma sus apuntes del natural, confiando en una realidad que nunca le decepciona y que, en muchas ocasiones, resulta más fascinante que la ficción. Una vida la puede contar cualquiera, ahora bien, la vida si es verdadera está hecha de muchos encuentros, y ahí el fotógrafo se revela como un aventurero que despliega sus mapas. Entonces brota una explicación: un cúmulo de retratos sobre paisajes interiores y exteriores que han ido conformando su existencia, como un Phileas Fogg que sale de viaje para ganarle días al mundo. La fotografía puede ser un espejo o una ventana, y aquí es ambas cosas. Una ventana por la que asomarse el hombre que, rodeado de una constelación de mujeres, cree estar solo. «Prueba otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor.», dejó escrito Samuel Beckett. Y conociendo al fotógrafo, bien pudiera ser este el lema de su relación con las mujeres.

El horizonte de la vida de Alberto está fabricado con imágenes y en cada una de ellas parece que se la deje. Son tomas inteligentemente apasionadas, repletas de cicatrices y tatuajes de su memoria. Un mundo urbano: su mundo; pero como el de los antiguos campesinos, cargado de férreas lealtades, donde convive el desorden con la fantasía, la creatividad con la libertad y el trabajo con la sensación de ocio.

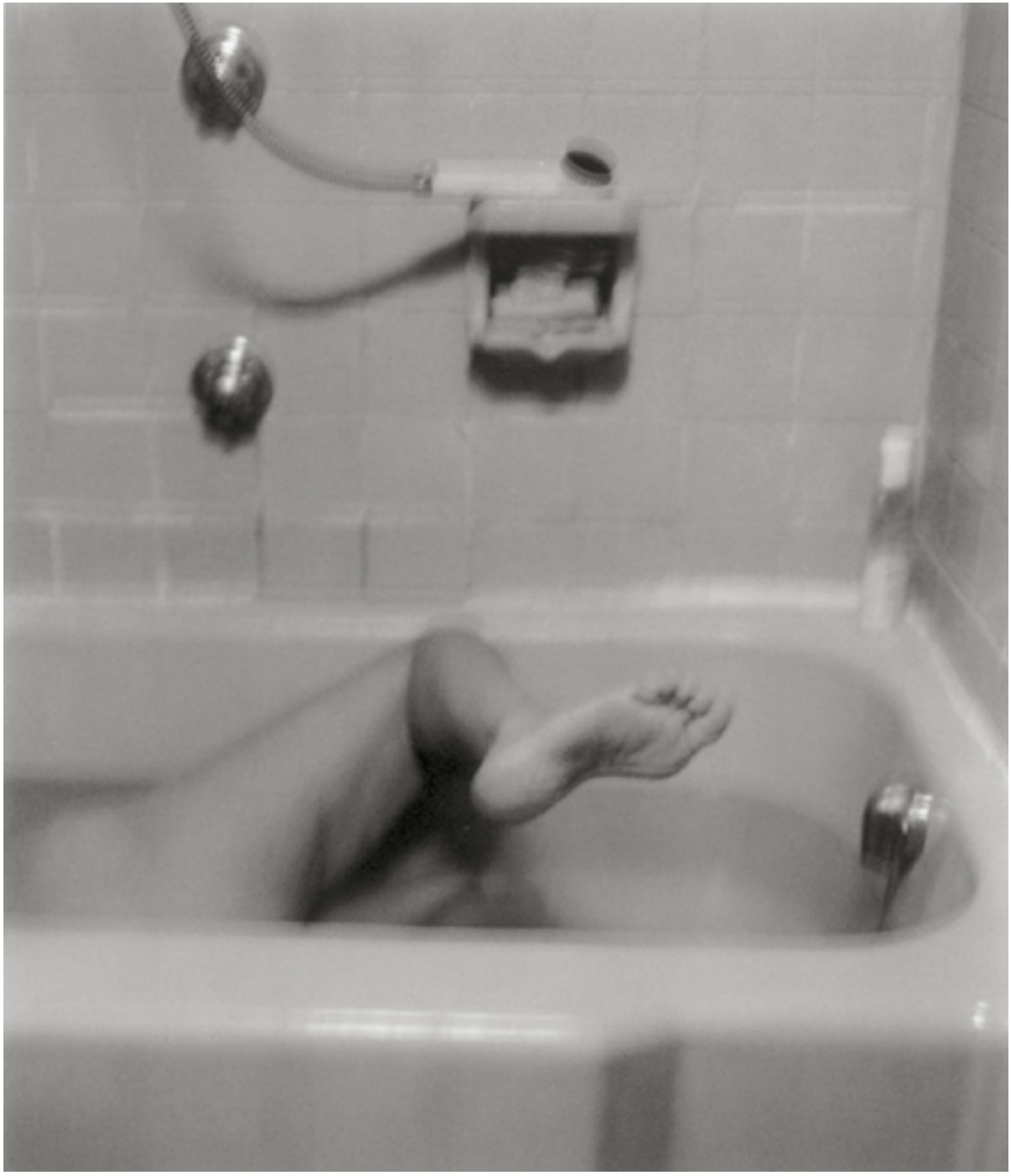
Pero en su obra también hay humor: en esos equilibrios de cuerpos de mujer, casi imposibles, con los que demuestra que erotismo y humor son dos ingredientes básicos del jugoso caldo de la vida. Vida y tristeza, la que provoca esa sensación de innumerables existencias. Hay que fijarse en los ojos que retrata y en su ojos, porque miran lejanías. Cada una de sus fotografías habla de lo que él conoce. Se asoma a los rostros desde el balcón de la mirada y desde allí grita la belleza del que conoce lo terrible. Las imágenes de las mujeres de Alberto nos hablan de un hombre fascinado por ellas, pero también de una forma de desasosiego, de demolición de certezas. Existe el tú a tú, una manera de construir las propias huellas, reales, no inventadas; ni apócrifas. De ahí que en algún punto de esos rostros y de esos cuerpos, la vida se detenga para afirmarse.

Sus fotografías no son las de un artista atormentado en el momento de la creación, sino que trasmiten la necesidad, el placer del viajero que nada más llegar se incorpora a una fiesta en la que el tiempo se suspende, repleta de nombres propios con que celebrarla. Los hombres que crean con pasión como él, y solamente por placer, para su propio disfrute y durante muchos años, son los que al final poseen una obra más coherente. Sus retratos son epidérmicos, asuntos de piel, aun en los casos en los que el retratado aparece completamente vestido. Hay mucha pasión y mucho trabajo, pero sin duda, la pasión se percibe con más fuerza porque proviene de un conocimiento que le impulsa a retratar lo que dura un beso como el gran narrador que siempre ha sido: por ausencia. Aquella, que como dice el poema, provoca más aguda presencia.

0

2001 En busca de Cenicienta

2002 Marga



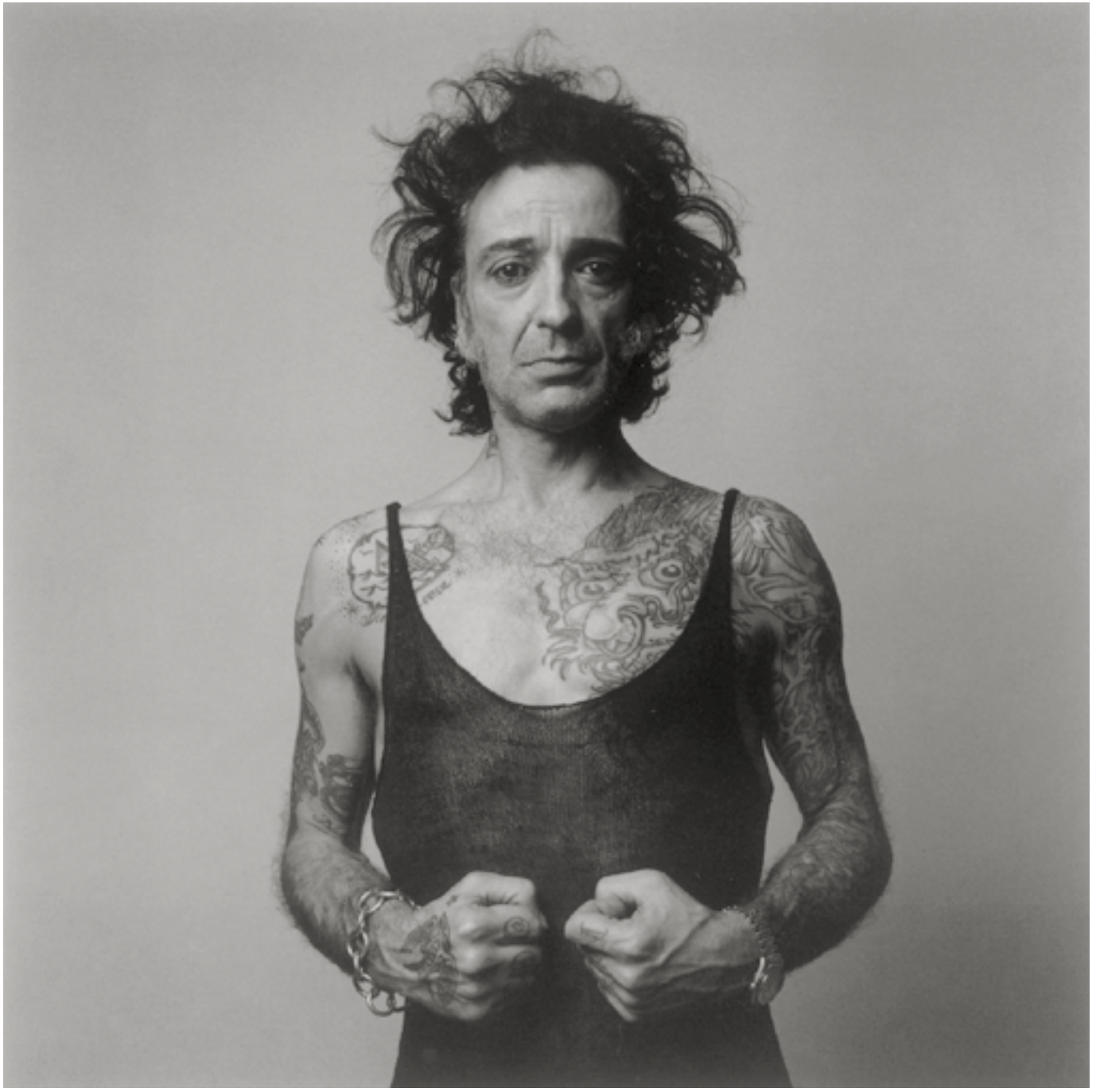
2000 Susana en la bañera

2000 El fotógrafo y su ayudante

2001 Vanessa y Holly One

2000 Milagro en el museo

1982 Rosa era un ángel



2002 Mi lado femenino

1998 Camisa de mujer asesinada

2001 Decorado para un delito

2001 Rocío

1998 Al alcance de mi mano

Este catálogo aparece con motivo
de la exposición de fotografía de

Alberto García-Alix

Llorando a aquella que creyó amarme

presentada por el Museo Barjola de Gijón,
en su sala de exposiciones temporales.
mayo, 2005

Servicio Publicaciones
Principado de Asturias